

# Prólogo

.....

La emoción que el peregrino boloñés Domenico Laffi sintió ante la imagen de las torres de la catedral compostelana era mayor de lo que nunca creyó imaginar. *“Llegando encima de una montañita que se llama el Monte Gaudio, donde descubrimos el tan suspirado y gritado Santiago, distante cerca de media legua, descubierto súbitamente, postrándonos de rodillas, y por la gran alegría cayeron de los ojos las lágrimas, y comenzamos a cantar el Te Deum”*.

Las palabras de Domenico, escritas en el año 1676, en nada se diferencian de las que hoy sienten una gran mayoría de los muchos peregrinos que el lector encontrará a lo largo de las páginas de este libro. El Monte del Gozo, símbolo de la plena felicidad para cualquier peregrino jacobeo, continúa sintiendo como su tierra es regada con las lágrimas, y también el sudor, de aquellos cuya fe les ha llevado a recorrer los caminos de Europa con el único fin de sentir el abrazo al Apóstol Santiago.

Nunca pudo imaginar Salomé, la madre de nuestro Apóstol, que su hijo sería venerado con tanta pasión y por tanto tiempo. ¡Cuánto orgullo de madre saber que un gran ejército de peregrinos estaría en permanente movimiento con destino a la tumba de su hijo! Las palabras del Apóstol al emperador Carlomagno, cuando todavía el sepulcro de Santiago en tierras gallegas era más una leyenda que realidad, fueron proféticas: *“El camino estrellado que has visto en el cielo significa que tu irás a Galicia a la cabeza de un gran ejército, y que después de ti todos los pueblos se rendirán allí en peregrinaje hasta la consumación de los siglos”*.

Aquel ejército se puso en marcha, por tierra y por mar, vadeando ríos, cruzando montes, soportando tormentas o tempestades, enfermedades, hambre y sed. Unos llevarán la promesa a cuesta, otros la aventura, algunos la penitencia, el ansia de cultura, motivos religiosos, sin faltar los pícaros, los *gallofos*. A los constructores de la catedral compostelana los motivos no les importaba, ellos sabían que vendrían, y también sabían que el peregrino, una vez ante la imagen del Apóstol, en nada se parecía al que meses atrás había dejado a sus espaldas casa, mujer e hijos; lo dejaron claro en el interior de la Puerta Santa: *“Vendrán todos los pueblos y dirán: Gloria a Ti, Señor”*.

Los peregrinos pusieron en movimiento sus pies, y con cada pisada fueron haciendo el Camino de Santiago: el Camino Francés, el del Norte, el portugués, el inglés o el mozárabe. Los hubo que aprovecharon la proa de los buques para hacer el Camino del Mar, un camino de olas en otro tiempo surcado por la barca milagrosa que transportaba el cuerpo del Apóstol. Caminos, por tanto, hubo y hay muchos, tantos como peregrinos, pues si la fama se la llevan los caminos que atraviesan montes y vadean ríos, no menos importante es el Camino que cada peregrino lleva en su interior, un Camino de fe y esperanza, un Camino de renovación interior donde tienen cabida tanto la fortaleza como las flaquezas del ser humano.

El auténtico protagonista del Camino de Santiago, el peregrino, se ve arropado a lo largo de su peregrinación por la Historia y la Cultura, por el ejemplo y la hospitalidad de quienes ofrecen ayuda material y espiritual, por los milagros de ayer y los de hoy, y cuando finalmente abraza al Apóstol en la catedral compostelana siente que el verdadero Camino de Santiago, *su* Camino, sólo acaba de comenzar.

# 1. La partida

23 de julio de 1994

.....

Ocho de la mañana en el Puerto de Santa María (Cádiz). Se avecina un día de calor, como corresponde a este lugar en época veraniega. Es sábado y la gente duerme tras la diversión de una larga noche. Todos no, cuatro pretendientes a tomar el título de peregrinos nos encontramos en la estación de tren. Hoy nuestra meta es Pamplona y a continuación Roncesvalles. ¿Mañana? Mañana será momento de poner las piernas a trabajar camino de Santiago de Compostela.

Podría pensarse que es un error escoger estas fechas para iniciar la peregrinación. Cierta duquesa de Borgoña escribe en su Libro de Horas que son abril y septiembre los meses del peregrino; la partida con el buen tiempo, el regreso, si lo hay, con la vendimia. Sabio refrán para quienes su vida giraba alrededor de la Naturaleza.

Para nosotros es difícil seguir los consejos de la duquesa. En estos posteriores años del siglo XX, las condiciones de trabajo obligan a echar mano del tiempo vacacional para lanzarse a la *aventura*, y esto suele corresponder a los meses de verano. Las estadísticas de la catedral compostelana señalan que el 70% de los peregrinos que llegan a Santiago de Compostela lo hacen en los meses de julio y agosto. ¡Cuánto mejor sería hacer caso a la duquesa! Caminar en primavera se hace más llevadero.

En los años anteriores al reinado de Alfonso X el Sabio, conquistador del Puerto de Santa María, este lugar sería el punto de partida de nuestra peregrinación. Nos pondríamos a caminar, con permiso del moro, hacia Sevilla y desde allí siguiendo la Ruta de la Plata, también llamada *de los mozárabes*, seguir por tierras de Extremadura, Salamanca y Zamora, hasta enlazar con los peregrinos que transitaban por los reinos del norte. Hoy, aprovechando las ventajas de los medios de locomoción, pretendemos llegar a Roncesvalles, desde allí seguir a pie la ruta que lleva por nombre Camino Francés y, si Dios quiere y el Apóstol Santiago nos ayuda, llegar a Compostela.

Somos cuatro, a saber: Juan, el padre, Juan y Jaime, los hijos, y un sobrino de nombre Luis. Para ellos soy el *cerebro* de la operación, el guía, aquel en quien apoyarse. No saben que a pesar de haber preparado todo con gran meticulosidad los nervios me acompañan en estas horas tempranas.

Nuestra despedida no tiene nada en común con la que pueblo y familiares dispensaban a los peregrinos en la Edad Media. Por el contrario, para el peregrino medieval el apoyo del pueblo y las instituciones era necesario. Los caminos de Europa, nada seguros en algunos momentos de la Edad Media, guardaban muchas y desagradables sorpresas. En primer lugar era necesario un certificado que acreditase al peregrino como persona de buena conducta y confirmase su intención de dirigirse a las lejanas tierras de Galicia.

El 22 de Agosto del año 1726, el párroco de Carlepont expide un certificado a favor de Guillermo Manier, conocido peregrino al que nos referiremos en otras ocasiones. El certificado dice así:

“Yo, rector de la parroquia Sancti Eligii Carolopontis, a todos los que interese, certifico que Guillelmun Manier, nuestro feligrés, hijo católico, apostólico y romano, se dirige en peregrinación a Santiago de Compostela en Galicia”.

Con este certificado se dirige al obispado para legalizarlo, más no contento con esto, al día siguiente se presenta ante el alcalde para que le entregue un pasaporte. Este dice:

“Nosotros, alcalde de la villa de Noyon, certificamos a todos los que interese, que Guillaume Manier, muchacho de 22 años de edad, nacido en la villa de Carlepont, distante dos leguas de esta villa, se dispone a partir en este día en peregrinación a Santiago en Galicia”<sup>1</sup>.

Hace unos días acudí al párroco a solicitar un certificado. Como es persona de iglesia, y además de origen norteño, no se asombra de la petición. El motivo que me lleva a pedirlo es meramente testimonial, y también por revivir antiguas tradiciones. He de seguir en lo que pueda los pasos de aquellos peregrinos; hasta ahora son pasos *burocráticos*, pero también importantes para que todo se ajuste a derecho. Mi salvoconducto, como lo ha llamado el cura, dice así:

“Don Enrique Carlos Rodríguez Toral, párroco de Rota certifica que los peregrinos Juan Caamaño Aramburu, Juan Caamaño Azcárate, Jaime Caamaño Azcárate y Luis Jiménez Azcárate iniciarán el Camino Jacobeo desde Roncesvalles hasta Santiago de Compostela. Y para que conste a los efectos oportunos, a petición de parte, extendiendo el presente en Rota a 19 de Julio de mil novecientos noventa y cuatro”.

Si alguien siente algún reparo hacia este tipo de certificado religioso, las Asociaciones del Camino de Santiago, que son las que en su momento entregarán la Credencial del Peregrino, aconsejan acudir al Ayuntamiento o cualquier otro organismo oficial y solicitar algo similar. Es bueno hacerlo, yo al menos siento que me da fuerzas para comenzar, pero en cualquier caso no es imprescindible llevarlo.

Los franceses decían en una de sus canciones: *“Antes de ponerme en camino yo hice como un hombre sabio; habiéndome debidamente confesado, recibí como*

---

<sup>1</sup> VALIÑA SANPEDRO, E. (1971) “El Camino de Santiago. Estudio histórico jurídico”, Lugo, CSIC, p. 26.

*testimonio un escrito de mi sacerdote*<sup>2</sup>. No se puede peregrinar sin antes haber purificado el alma. El peregrino debía acudir a la iglesia, confesarse, rezar y atender a los ritos especiales que la Iglesia guardaba para quienes dejaban todo por amor al Apóstol.

Tras las ceremonias la despedida final. No había tiempo para más charlas. *“Adiós mi padre, adiós mi madre, adiós mis queridos amigos; yo os dejo a todos, yo me voy a Santiago”*. Así cantaban los peregrinos vascos al comenzar la marcha; a sus espaldas el pueblo gritaba con fe: *“Rezad por nosotros en Compostela”*.

Nosotros no cantamos. Canta la megafonía de la estación para decir que el tren tiene un retraso de dos horas. ¿Qué hacer? Tomo asiento en un incómodo banco y de nuevo revivo las experiencias de los antepasados.

Las dificultades y miedos de la época hacían que el peregrino evitase marchar en solitario. Podía ponerse en contacto con otras personas que vivían en los alrededores, o, si esto no era posible, acudir a ciudades, centros importantes o monasterios, como Vezelay, Le Puy o Cluny, donde se organizaban peregrinaciones en grupo. Viajar juntos suponía mayor seguridad. La falta de guías indicando los caminos, el miedo a bandoleros y pícaros o las enfermedades eran problemas constantes que muchas veces obligaban al peregrino a quedarse a mitad de camino, unas veces enfermo y otras muerto.

El peregrino Guillermo Manier no sigue los consejos de la duquesa de Borgoña. Abandona la región francesa de Picardía en el mes de Agosto y llega a Santiago el día primero de Noviembre. En cuanto a la compañía decide iniciar el Camino con dos amigos, jóvenes y huérfanos como él. Su peregrinación tiene interés por habernos dejado un relato muy detallado sobre sus experiencias y la España de aquella época.

La amistad y ayuda mutua era de tal importancia que uno de los milagros más famosos del *Codex Calixtinus* hace referencia a ello. Este es el relato<sup>3</sup>:

“Corría el año 1080 del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo. Treinta caballeros de Lorena hicieron voto de peregrinar a Santiago de Galicia. Sabiendo de los peligros que les esperaban deciden hacer promesa de ayudarse y guardarse fidelidad durante la peregrinación. Todos menos uno que no quiso ligarse con ningún juramento.

Juntos inician el Camino y llegando a los Pirineos uno de ellos cae enfermo de tal modo que no podía caminar. Acordándose del juramento los compañeros le llevan en brazos durante varios días aún a costa de retrasar el viaje.

Con mucho retraso llegan a los puertos de Cize; están cansados y aburridos de su amigo que no mejora, así que deciden olvidar el juramento y abandonarlo en la nieve. Todos se van menos aquel que no quiso suscribir la promesa de fidelidad. Este se queda con el enfermo al pie del puerto, en la aldea de San Miguel, velando al compañero toda la noche.

<sup>2</sup> BARRET/GURGAND (1982) “La aventura del Camino de Santiago”, Vigo, Xerais, p. 57.

<sup>3</sup> Revista Peregrino nº 33.

A la mañana siguiente el enfermo le pide que lo deje en aquel lugar e intente subir el puerto sólo. Más este responde que nunca lo abandonará pues es de buen cristiano socorrer al necesitado. De este modo suben juntos hasta la cima a donde llegan al final del día tras una jornada durísima.

Llegada la noche el enfermo muere y allí queda el peregrino solitario en aquel lugar inhóspito, aterrado por las historias que había oído contar sobre los bandoleros que habitaban aquellas tierras. Falto de ayuda dirige su pensamiento a Dios y pide al Apóstol Santiago su protección. Este, que siempre vigila el Camino a la espera de algún necesitado, acude a caballo vestido de soldado y llegando le pregunta: ¿Qué haces aquí, hermano? Señor, contesta él sin reconocerle, quisiera enterrar primero a mi compañero pero no tengo medio de hacerlo. El Apóstol le replica: Dame el cuerpo del difunto y tú monta en el caballo detrás de mí hasta que lleguemos al lugar de la sepultura. Y así se hizo.

Los tres, a lomos del caballo, recorrieron de forma milagrosa en la noche la distancia de doce días de camino, y antes de salir el sol se encontraban en el Monte del Gozo a menos de una milla de la catedral compostelana. Bajó del caballo Santiago y mandó al peregrino que allí mismo diese sepultura al muerto. Luego le dijo fuese a la catedral y tras pasar, como era costumbre, una noche en oración junto a la tumba del Apóstol volviese a su tierra. En su regreso se encontraría a sus antiguos compañeros en la ciudad de León y debía decirles: Habéis obrado deslealmente con vuestro amigo, por eso el santo Apóstol os anuncia por mí que vuestras oraciones y peregrinación le desagradan profundamente hasta que hagáis la oportuna penitencia. De esta manera el peregrino entendió que aquel caballero era el Apóstol Santiago y quiso postrarse a sus pies, pero el caballero desapareció de su vista.

A su regreso encontró a sus compañeros en León, tal como le dijo Santiago, y les contó lo sucedido. Ellos quedaron asombrados al escucharle y arrepentidos fueron al obispo de la ciudad a pedir penitencia y así pudieron acabar su peregrinación”.

Mis compañeros de peregrinación, Juan, Jaime y Luis, sonríen con el *cuento*. En nuestro caso está claro que o llegamos a Compostela juntos o no llegamos ninguno, pero para eso aún queda mucho. Todavía estamos en esta estación disfrutando los restos de una brisa marina antes que comience el agobiante calor del mediodía.

Por los altavoces una voz anuncia que el tren está listo para la marcha. Señor Santiago, ¡ayúdanos!

## 2. El atuendo del peregrino

.....

El viaje en tren me permite recordar el ajetreo de los últimos días. Cientos de veces he leído y comprobado la lista con todo lo necesario. Es difícil que algo se me haya olvidado.

Un error muy común en los futuros peregrinos es llenar la mochila hasta reventar, echársela en casa a la espalda con la idea de comprobar su peso y con una gran tranquilidad decir que no pesa tanto. Luego, al tercer o cuarto día de marcha, vienen los problemas. ¡Cuántos han tenido que hacer un buen paquete al poco de iniciar el Camino! Hasta cuatro y cinco kilos se llegan a enviar a casa.

Mochila, saco de dormir y esterilla es lo primero; ropa la justa, casi diría de *quita y pon*; como accesorios la cantimplora, botiquín, chubasquero, linterna y navaja. Finalmente es aconsejable acompañarse de un cuaderno para tomar notas. Lo importante es saber distinguir lo que es y no es esencial, y, sobre todo, no pretender atar todos los cabos pues la excesiva seguridad inmoviliza. Doy por seguro que nada me falta; si acaso de algo voy sobrado: mucha ilusión.

Nuestra ropa en nada nos diferencia de otros viajeros. Algo parecido le ocurría a los primeros peregrinos. Estos no llevaban un vestido que les caracterizase como tales, simplemente vestían como el resto de caminantes. El atuendo normal consistía en una túnica larga de tejido grueso, de longitud la justa para no estorbar el movimiento de las piernas. La túnica se acompañaba de una capucha y sobre esta un sombrero de fieltro; las peregrinas cambiaban el sombrero por una toca.

Con el tiempo esta indumentaria acabaría convirtiéndose en el *hábito* del peregrino, sirviéndole, en ocasiones, del mejor salvoconducto para acogerse a la caridad de la gente o de los hospitales. Esto, que en principio era bueno, terminó por dar lugar a un sin fin de abusos cometidos por un gran número de vagabundos y falsos peregrinos.

El siglo XVI, por motivos políticos y fundamentalmente religiosos, coincide con una relajación espiritual de las peregrinaciones. El peregrino, considerado en los siglos anteriores como persona sagrada por su espíritu de devoción, pasó a convertirse en sinónimo de vagabundo y maleante. Ante esta situación las autoridades eclesiásticas y civiles dieron normas muy claras sobre el modo de peregrinar:

“Los peregrinos y extranjeros que vinieren en romería a la iglesia del Señor Santiago, pueden ir a la dicha Iglesia y romería, y tornar a sus tierras libremente, pidiendo limosna por su camino derecho, no andando vagabundos por otras partes, pues no se permite a los naturales del reyno; y entiéndase que es camino derecho yendo por lugares que estén en el camino a quatro leguas, poco más o menos, a la una parte o a la otra del dicho camino”<sup>4</sup>.

Al peregrino medieval, como a mí ahora, le preocupaba el calzado. Solían usar unos borceguies robustos propios para jornadas largas. Son estos un tipo de calzado que llega hasta más arriba de los tobillos, abiertos por delante y ajustados por medio de correas o cordones. En lenguaje popular: unas botas.

Aunque son frecuentes las representaciones de peregrinos descalzos, la realidad es muy distinta. Los meses de peregrinación ya eran lo suficientemente duros como para pensar en caminar descalzos por la nieve o los caminos de piedras. Los gallegos lo cantaban:

“Quien quiera ser peregrino  
peregrino de Santiago  
necesita los zapatos  
bellos de los peregrinos  
que Santiago tenía  
cuando iba a Galicia”<sup>5</sup>.

Es curioso observar como con el tiempo el peregrino modifica su atuendo de acuerdo con la moda. En el siglo XV la túnica se sustituye por un abrigo de capucha que llegaba hasta las pantorrillas. El cuello se alarga dando lugar a la esclavina, y el sombrero se trasforma en otro de alas más anchas, redondas y dobladas hacia arriba.

Nada mejor que acudir a los registros de los hospitales para conocer el atuendo que tratamos. El Hospital de los Reyes Católicos de Compostela registra el 2 de Abril de 1715 las pertenencias de Jorge Foril, peregrino alemán:

“Trajo una chupa de pano azul mediana con votones de Peltu, un justillo de pano ordinario sin mangas viejo, calzón de pellicai viejo, sombrero negro viejo, medias de lana abatanadas viejas, zapatos viejos de Moscovia, un par de guantes de lana avatonados viejos, una cartera de oja de lata con sus pasaportes... y dentro de ella un par de zapatos viejos, una caja y en ella diez y siete rosarios de madera negros, una camisa vieja y rota, tres pedazos de suela de cuero nueva y lo demás andrajos”<sup>6</sup>.

Sorprende la repetitiva afirmación sobre el estado de las ropas. ¿Qué esperaban los del hospital? ¿Qué todo fuese nuevo tras meses de caminar?

<sup>4</sup> VALIÑA SANPEDRO, E. “*El Camino...*”, p. 74.

<sup>5</sup> BARRET/GURGAND “*La aventura...*”, p. 53.

<sup>6</sup> Revista Peregrino nº 11.



Me pregunto en qué puedo parecerme a ese auténtico peregrino. Sentado en un cómodo sillón observo los olivares de Jaén, los campos manchegos. Es una fugaz visión que apenas queda retenida en mis pupilas. La velocidad transforma el concepto del tiempo y me impide acercarme a la visión de *mí* peregrino.

Exteriormente sólo la concha sobre las mochilas nos identifica como peregrinos de Santiago. Comienzo a dudar que alguien en este tren conozca su significado.

Santiago de Compostela, como todos los lugares importantes de peregrinación, tenía su emblema o insignia que los peregrinos obtenían a su llegada a la ciudad. Cabría preguntarse por qué se elige la concha de vieira, en castellano venera. Las religiones antiguas la relacionaban con la fecundidad, y los romanos con la diosa Venus, la que nació de la espuma del mar. Como no podía ser de otra manera una leyenda nos va a dar la respuesta

Llegados a este punto reclamo la atención de mis compañeros. Los tres parecen entretenidos con su charla, por supuesto nada relacionado con la peregrinación, pero la leyenda de la concha es importante la conozcan.

Sucedió en Bouzas, un pueblo de la costa gallega. Grandes señores, caballeros y todo el pueblo celebraban con gran júbilo las bodas de dos apuestos jóvenes, hijos ambos de ricos hombres.

Los caballeros jugaban con las lanzas, dicen que “bafordaban”; el juego consistía en arrojar la lanza y galopar para recogerla antes que tocara el suelo. Llegado el turno al novio tiró la lanza con gran fuerza, el caballo más volaba que galopaba, pero, ¡Oh Dios!, un tropiezo y juntos, caballo y jinete, caen por el acantilado hasta perderse de vista entre las bravas aguas del mar.

La caída coincidió con el paso de la barca que transportaba, hacia Padrón, el cuerpo del Apóstol Santiago. Caballo y caballero, tras estar perdidos unos minutos en el fondo del mar, salieron a la superficie próximos a la barca, y desde allí las olas los transportaron plácidamente a la orilla.

Una vez en la arena pudieron todos comprobar cómo el vestido del mozo y los arreos del animal estaban cubiertos de conchas de vieira, así como ambos no presentaban daño alguno.

El *milagro* fue tenido por obra de Santiago, y así lo recoge el *Codex Calixtinus*, aunque con el paso del tiempo, y la imaginación de los relatores, acabaron surgiendo diferentes versiones.

Los rostros de los chicos muestran una incrédula sonrisa. Juan y Jaime ya están acostumbrados a tanto *cuento*, a Luis habrá que irlo introduciendo en estos temas. Lo maravilloso del caso no está en la realidad o no de la leyenda, sino en su fuerza a través de los siglos, de tal manera que hoy los peregrinos con destino a Santiago llevamos la concha como símbolo de nuestra peregrinación. Así se lo explico a los chicos, ellos asienten y sin decirme nada vuelven a su charla.

Si la concha es símbolo de la peregrinación a Compostela, existen otros objetos considerados como atributos del peregrino: bordón, calabaza y zurrón.

El bordón no es ni más ni menos que un palo, una vara, de longitud variable, aunque la ideal debe sobrepasar la cabeza. Su función era clara: servir de apoyo durante la marcha y como defensa contra perros y lobos. En la parte inferior una punta de hierro aumentaba la protección e impedía su desgaste. Yo espero conseguir un buen bordón; he leído que un tal Pablito los regala a la altura de Estella.

La calabaza es el fruto de la calabacera; después de seca y vacía llega a constituir el recipiente más cómodo para guardar una buena reserva de agua o vino.

Finalmente el zurrón, también conocido como escarcela por los italianos o *pera* según consta en algunos escritos. *“Es un saquito estrecho, hecho de piel de una bestia muerta –la de ciervo es la más estimada– siempre abierto por la boca, no atado con ligaduras”*. Con el paso de los siglos la bolsa se transforma en una cajita de metal donde el peregrino guardaba sus escasas pertenencias. Pocas debían ser, pues dice el *Códice*:

“El hecho de que el morral sea un saquito estrecho significa que el peregrino, confiado en el Señor, debe llevar consigo una pequeña y módica despensa. El que sea de cuero de una bestia muerta significa que el peregrino debe mortificar su carne con los vicios y concupiscencias, con hambre y sed, con muchos ayunos, con frío y desnudez, con penalidades y trabajos”<sup>7</sup>.

No quisiera yo corregir las sabias palabras del *Códice*, pero creo que si la bolsa era pequeña se debía más bien a evitar un peso excesivo, y el utilizar la piel de una bestia muerta está claro sería por ser la más resistente. De la misma manera que hoy buscamos mochilas de buen material y evitamos llenarlas con cosas superfluas.

---

<sup>7</sup> Revista Peregrino nº 11.

### 3. Motivos para peregrinar

.....

Las horas comienzan a resultar interminables. Los chicos se aburren, yo medito, observo ahora el paisaje navarro, pero el cuerpo está inquieto y las piernas piden movimiento.

En Zaragoza heos hecho una corta parada, necesaria para cambiar de tren, este más humilde como humildes son los viajeros. Algunos no pueden ocultar su trabajo en el campo; lo llevan grabado en sus manos callosas, frentes arrugadas por el sol y viento, la cabeza protegida por una boina raída; ellas cambian la boina por un pañuelo gastado. Otros viajeros, por el contrario, reflejan aspecto de oficinistas, y el resto indeterminado.

Empiezo a sentirme a gusto entre tanto personaje diferente. Nuestra vestimenta es la propia de excursionistas y de estos los trenes con dirección a los Pirineos deben estar llenos. Estos *maños* y navarros de poco se pueden asombrar.

Cuando se pregunta por los motivos que impulsan a una persona para realizar la peregrinación, las respuestas son de lo más variadas: motivos culturales, religiosos, espirituales, de aventura o simplemente *pasar* las vacaciones.

Mi *afición* al Camino de Santiago se pierde en el tiempo. Tal vez quedó escrita el día de mi nacimiento en la Villa de Marín (Pontevedra). Sea como fuese mi recuerdo de Santiago se remonta a las numerosas visitas que en mi juventud, como buen gallego, realizaba a la catedral compostelana. Cumplir con el *Patrón* era algo obligado.

En aquellas visitas debía seguir los pasos que la tradición marcaba. El primero poner la mano sobre el parteluz del Pórtico de la Gloria mientras se rogaba por un deseo. A continuación golpear tres veces nuestra cabeza contra la rizada cabellera del *santo dos croques*. Es esta una pequeña figura situada detrás del parteluz con la mirada fija hacia el altar. El pueblo siempre lo ha identificado con el Maestro Mateo, y dicen que a través de los golpes se llega a recibir la inteligencia del maestro constructor. El tercer rito, este el más importante, consistía en darle el abrazo a la imagen sedente del Apóstol Santiago.

Algunas de aquellas visitas fueron el resultado de una corta peregrinación por los caminos gallegos, pero era una devoción más propia de aventura que del sentir de un peregrino.

Con el paso de los años el Camino de Santiago comienza a ocupar la mayor parte de mi tiempo libre. Libros, revistas, fotos, artículos, cualquier cosa relacionada con el Camino era motivo de interés. Primero el estudio histórico, más tarde, por medio de la revista *Peregrino*, llega la realidad de nuestro tiempo a través de los relatos y experiencias de auténticos peregrinos. El árbol del Camino había prendido en mí; sólo faltaba esperar que floreciese.

No hay promesa alguna que me lleve a Santiago, tampoco afán de viaje cultural o ruptura con mi vida cotidiana. Si escarbo un poco en las profundidades de mi alma encuentro una razón: vivir el espíritu de la peregrinación en su aspecto histórico y religioso. Las palabras del Papa Juan Pablo II expresan mi sentir:

“La religiosidad popular tiene ciertamente sus limitaciones, pero manifiesta una sed de Dios que sólo los sencillos y los pobres pueden conocer, produce actitudes interiores que pocas veces se encuentran en otros lugares con la misma intensidad: paciencia, sentido de la cruz en la vida diaria, desprendimiento, apertura a los demás, devoción.

El hombre, poniendo en marcha todo su ser, su cuerpo, su corazón y su inteligencia, se descubre a sí mismo como buscador de Dios y peregrino de lo eterno.

Estas cosas sencillas se captan en la experiencia del caminar mejor que en los libros”<sup>8</sup>.

El amor además de sentirlo hay que demostrarlo. Mi devoción a Santiago debía alcanzar su culminación poniéndome en camino, haciendo *su* Camino. Era, también, la única manera de entender al peregrino de la historia; debía de vivir algunas de sus inquietudes y muchas de sus experiencias.

Estas mis razones, sencillas, pero difíciles de entender por algunos. ¿Y cuáles eran las que impulsaban a los peregrinos de otros siglos?

La principal y más común era la devoción al Apóstol Santiago. En época medieval el pueblo vivía obsesionado con la salvación eterna; incluso los buenos cristianos debían peregrinar pues esa vida era, según ellos, la perfecta para un seguidor de Cristo.

Las promesas de todo tipo abundaban entre las razones para peregrinar. Prisioneros del Islam prometían al Apóstol visitarlo si les libraba de las mazmorras. Este fue el caso de Francisco Patiño; nacido en Monteagudo (Cuenca) abandona el hogar paterno en busca de fortuna. Estando por el Mediterráneo su nave es apresada por los turcos y junto a doscientos cincuenta soldados y marineros es tomado cautivo. En Constantinopla sufre cinco años de cautiverio y allí hace voto a Santiago de visitar su tumba si le concede la libertad. Esta le llega al poco tiempo,

---

<sup>8</sup> Revista *Peregrino* n° 24.